

## **Violencia invisible y trauma: análisis de *Otages* (2020) de Nina Bouraoui**

**Rita RODRÍGUEZ VARELA**

*Universitat de València*

rita.rodriguez@uv.es

<https://orcid.org/0000-0003-2168-8636>

### **Resumen**

Este estudio explora la novela *Otages* (2020) de Nina Bouraoui, centrándose en la representación de la violencia y el silencio que sufren las mujeres en diversos contextos. Se examinan tres ejes fundamentales: primero, el modelo de violencia conyugal heredada que la protagonista internaliza desde su infancia, moldeando su concepción del amor y la sumisión en su matrimonio. Segundo, se analiza la violencia traumática de la violación, un hecho silenciado pero determinante, que influye profundamente en su psique y sus relaciones. Finalmente, se explora la violencia institucional encarnada en la figura del jefe, Victor Andrieu, quien representa el abuso de poder en el entorno laboral, donde la protagonista, al igual que muchos trabajadores, es explotada y humillada. Se verá cómo, a través de la escritura, Bouraoui no solo narra la lucha interna de su protagonista, sino que visibiliza a las víctimas silenciadas por sistemas patriarcales y capitalistas opresivos.

**Palabras clave:** alienación, género, patriarcado, trauma, violencia.

### **Résumé**

Cette étude explore le roman *Otages* (2020) de Nina Bouraoui, en se concentrant sur la représentation de la violence et du silence subis par les femmes dans divers contextes. Trois axes fondamentaux sont examinés : d'abord, le modèle de violence conjugale hérité que la protagoniste assimile depuis son enfance, façonnant sa conception de l'amour et de la soumission dans son mariage. Ensuite, la violence traumatique du viol, un événement passé sous silence mais déterminant, qui influence profondément sa psyché et ses relations. Enfin, la violence institutionnelle incarnée par la figure du patron, Victor Andrieu, qui représente l'abus de pouvoir dans le milieu professionnel, où la protagoniste, comme de nombreux travailleurs, est exploitée et humiliée. On verra comment, à travers l'écriture, Bouraoui ne se contente pas de raconter la lutte interne de son héroïne, mais donne également une voix aux victimes réduites au silence par des systèmes patriarcaux et capitalistes oppressifs.

**Mots clé :** aliénation, genre, patriarcat, traumatisme, violence.

---

\* Artículo recibido el 23/09/2024, aceptado el 3/02/2026.

### Abstract

This study explores Nina Bouraoui's novel *Otages* (2020), focusing on the representation of violence and silence experienced by women in various contexts. Three key themes are examined: first, the model of inherited conjugal violence that the protagonist internalizes from childhood, shaping her conception of love and submission within her marriage. Second, the traumatic violence of rape, a silenced yet defining event, which profoundly influences her psyche and relationships. Finally, institutional violence is embodied in the figure of the boss, Victor Andrieu, who represents the abuse of power in the workplace, where the protagonist, like many workers, is exploited and humiliated. Through writing, Bouraoui not only narrates the internal struggle of her protagonist but also sheds light on the silenced victims of oppressive patriarchal and capitalist systems.

**Keywords:** alienation, gender, patriarchy, trauma, violence.

### 1. Introducción

Nina Bouraoui, nacida en 1967 en Rennes, es una autora franco-argelina que ha ganado reconocimiento por su estilo introspectivo y comprometido con las problemáticas sociales y psicológicas contemporáneas. Su obra aborda con frecuencia temas relacionados con la identidad, el género y la violencia estructural, especialmente en el contexto de las experiencias femeninas. Su narrativa comienza con obras de autoficción como *Garçon manqué* (2000), donde explora su identidad y las tensiones culturales entre sus raíces francesas y argelinas. Con el tiempo, su estilo evoluciona hacia tramas menos autobiográficas, como en *Otages* (2020), donde aborda temas de violencia y represión femenina sin vinculación directa con su propia experiencia personal. Esta evolución literaria demuestra la capacidad de Bouraoui para trasladar sus inquietudes más íntimas a un ámbito universal, abordando temas que resuenan con la experiencia colectiva de las mujeres y la opresión que enfrentan en distintos aspectos de sus vidas.

Nacida como una obra teatral para el festival Paris des Femmes en 2015, la novela *Otages* (2020) se presenta como un brillante monólogo interior que explora las distintas formas de violencia sufridas por su protagonista, Sylvie Meyer, en cada espacio de su vida. Casada y madre de dos hijos, Sylvie es una mujer de 53 años que cumple con las expectativas sociales tanto en su vida personal como laboral: sigue una estricta rutina, no se permite mostrar cansancio, y reprime sus emociones para no exhibir debilidad. En su esfuerzo por censurar ciertas conductas ajenas, en realidad, se está censurando a sí misma, lo que la mantiene en un constante estado de hipervigilancia y autocontrol. Como sugiere el título, Sylvie es una «rehén» de su matrimonio, de su trabajo, de la sociedad y, sobre todo, de sí misma. Forzada a mantener este control inhumano sobre su vida y emociones, la protagonista vive una existencia limitada, encorsetada por las exigencias sociales y familiares que la rodean. Esta represión, alimentada durante años, refleja las múltiples violencias que las mujeres internalizan debido a las normas y presiones patriarcales, transformando a Sylvie en un símbolo del

sufrimiento femenino colectivo.

A lo largo de su vida, esta autoimpuesta censura ha ido creando una violencia interna, fruto de la violencia externa que ha soportado, hasta que el colapso llega de manera inesperada tras la ruptura con su marido, actuando como detonante del trauma latente. Este quiebre deja al descubierto las heridas profundas que Sylvie había contenido durante años, convirtiéndola en una metáfora de todas las violencias a las que las mujeres se enfrentan a lo largo de sus vidas. La propia autora comenta su intención al escribir la novela: «le destin de mon héroïne ne cessant de se raccorder au chaos du monde, j'ai écrit une nouvelle version, inspirée puis échappée du théâtre en hommage aux otages économiques et amoureux que nous sommes» (Bouraoui, 2020 : 9).

Este artículo se centrará en analizar los diferentes actos de violencia que Sylvie Meyer experimenta y que la conducen al fatídico día de noviembre en el que todo cambia. Primero, se examinará la relación matrimonial de sus padres como un modelo de conducta heredado que ella reproduce en su propio matrimonio; luego, se abordará el trauma de la violación sufrida en la adolescencia; finalmente, se analizará la relación laboral con su jefe como representación de la violencia estructural que enfrentan las clases trabajadoras. Se verá cómo estos tres momentos configuran la trayectoria vital de Meyer, mostrando que cada acto de violencia vivida se acumula, se sedimenta y transforma la subjetividad femenina, evidenciando la complejidad del tejido social y emocional en el que se desarrolla su existencia. Estos objetivos se llevarán a cabo a través de un enfoque interdisciplinario, que integrará el análisis psicosocial, el estudio de la violencia estructural y las perspectivas de género. Se recurrirá, principalmente, a las teorías de Pierre Bourdieu (2000) sobre la dominación masculina, así como a trabajos de Sigmund Freud (1988), Olga Arisó y Rafael M. Mérida (2010) y Enrique Baca (2003), entre otros, que abordan el impacto de las experiencias traumáticas en la subjetividad.

## **2. La vida conyugal: la violencia heredada**

El título *Otages* resulta profundamente significativo, ya que la obra tiene como protagonista a una mujer atrapada desde las primeras páginas en un matrimonio vacío, dominado por la inercia y sostenido únicamente por una rutina banal. Nina Bouraoui retrata con agudeza la realidad de muchas parejas que, con el tiempo, se distancian hasta llegar a ser incapaces de reconocerse, de despertar en el otro cualquier vestigio de ternura o pasión. Los personajes parecen no tener nada en común con quienes fueron al conocerse; el muro que se ha ido levantando entre ellos es insalvable. Ambos son conscientes de esta barrera, pero la inercia que gobierna sus vidas les impide reunir las fuerzas necesarias para separarse. La distancia emocional es tan profunda que incluso el anuncio de la partida del marido es recibido con la misma indiferencia que cualquier trivialidad cotidiana.

Después de la ruptura, la protagonista continúa su rutina diaria sin cambios significativos: lleva a sus hijos al colegio, va a trabajar, y el final de su matrimonio se

convierte en un evento molesto, pero soportable. La única alteración notable es su toma de posesión del lado de la cama que antes ocupaba su marido. No se ubica en el centro, ni adopta una posición neutral; más bien, llena su ausencia con su propio cuerpo, experimentando una forma de catarsis, una compensación y una recuperación de control. Mientras su marido compartía la cama con ella, la cercanía física no lograba romper el muro invisible que los separaba; ahora, con su ausencia, paradójicamente, ella puede traspasar esa barrera y alcanzar algún tipo de unión:

Mon corps sur son corps qui n'était plus là, ma peau sur sa peau  
que je ne sentais plus contre moi, mon souffle mêlé à son souffle  
que je n'entendais plus, mon dos, mes reins, mes fesses au-dessus  
de lui qui n'était pas en dessous, mais parfois je pensais qu'il était  
là, tel un creux que je remplissais (*Otages*: 18).

La protagonista parece experimentar una especie de sensación de ausencia presente, como un vacío físico que intenta llenar con su propia presencia. Con sus palabras y acciones transmite la contradicción íntima en la que se encuentra: aunque el marido ya no está físicamente, su ausencia es tan tangible como su presencia lo fue alguna vez. La frase «mon souffle mêlé à son souffle que je n'entendais plus» refleja la lucha por reconciliarse con la pérdida de una conexión que, en realidad, ya había desaparecido mucho antes de la partida del marido. En su soledad recién descubierta experimenta una especie de catarsis al reclamar el espacio físico que antes compartía, lo que simboliza una forma de recuperación de control sobre su propia vida. Esta apropiación de espacio es también un reconocimiento de la profunda huella emocional que la relación ha dejado, estableciendo una frontera entre la liberación y el persistente sentido de pérdida. Sin embargo, la autora no se limita a describir la decadencia de un matrimonio; su propósito es mostrar cómo esta crisis personal está intrínsecamente vinculada a un modelo de convivencia heredado y normalizado, mucho más profundo que el fracaso entre dos personas. Bouraoui revela que la verdadera ruptura no solo reside en la relación, sino en las estructuras sociales que perpetúan estas dinámicas de poder y represión.

El conflicto de la protagonista no es simplemente el fracaso de su matrimonio, sino una repetición inconsciente de un patrón observado en su infancia. Se refiere a sus padres como dos seres «prisonniers non de l'amour mais de la fin de l'amour» (*Otages*: 106), estableciendo que su relación, carente de amor, se mantenía únicamente por la imposibilidad social de separarse. Esto resuena con la experiencia de la protagonista, quien, al no haber aprendido a amar, está atrapada en la repetición de ese mismo modelo. Al afirmar «je pensais à cela ce matin de novembre, faisant le constat que moi non plus je n'avais pas su aimer mon mari» (*Otages*: 40) sugiere una toma de conciencia dolorosa de su propia incapacidad para construir una relación amorosa auténtica, influenciada por el ejemplo familiar. La protagonista reflexiona sobre la vida de su madre, que, como muchas de su generación, cumplió con «ses devoirs de femme» (*Otages*: 106) sin desviarse del «petit chemin obligatoire» (*Otages*: 106), sin haber experimentado la

«folie de l'amour» (*Otages*: 106), esa pasión vibrante que se ve en las películas. Esta reflexión enfatiza la idea de que las generaciones pasadas de mujeres estaban limitadas a desempeñar roles sociales muy restringidos, privados de una verdadera conexión emocional y de la libertad de explorar el amor en toda su intensidad.

Asimismo, Bouraoui explora la idea de una primera violencia que afecta a muchas mujeres, una violencia menos visible, que radica en aceptar y continuar en relaciones que no les permiten ningún tipo de realización personal ni emocional. Esta herencia es transmitida de madres a hijas, de forma inconsciente. La autora deja claro que el sufrimiento de la madre de la protagonista no era evidente o compartido abiertamente, sino una carga que llevó en silencio. Al señalar que ella «était malheureuse, mais elle a fait avec, comme mon caillou dans la chaussure» (*Otages*: 106) evoca la imagen de una molestia constante, una incomodidad que se acepta y se soporta como inevitable. Este concepto de legado violento sugiere que las hijas pueden heredar una concepción limitada del amor y la convivencia, marcada por la resignación y la aceptación de relaciones sin afecto o pasión.

Estas observaciones de Nina Bouraoui sobre la herencia de la violencia emocional y los modelos de convivencia que perpetúan la dependencia femenina pueden relacionarse directamente con la teoría de Pierre Bourdieu (2000: 49) sobre la violencia simbólica y la dominación en las relaciones sociales. Bourdieu sostiene que los dominados (en este caso, las mujeres) internalizan y naturalizan las estructuras de poder que los oprimen, llegando a perpetuar, consciente o inconscientemente, su propia subordinación.

En *Otages*, la protagonista reproduce el modelo de convivencia conyugal que observó en su infancia, un modelo marcado por la resignación y la falta de amor, al igual que sus padres. Esta repetición se alinea con lo que Pierre Bourdieu (2000: 49) describe como la internalización de las «estructuras sociales» y la «división sexual del trabajo» que confieren al hombre una posición de poder. Sylvie Meyer no solo está atrapada en un matrimonio sin amor, sino que, como señala Bourdieu, aplica esquemas mentales que han sido producto de estas mismas relaciones de poder. Esto implica que su percepción del matrimonio y del amor conyugal ha sido moldeada por las normas dominantes que perpetúan la subordinación de las mujeres.

La idea de la primera violencia que menciona Bouraoui –una violencia que consiste en aceptar relaciones insatisfactorias como algo inevitable– se relaciona directamente con la violencia simbólica descrita por Bourdieu. Esta violencia no se ejerce de manera explícita o física, sino a través de la «adhesión tóxica» (Bourdieu, 2000: 49) que el dominado (en este caso, las mujeres) concede al dominador (los hombres) debido a la falta de otras herramientas cognitivas y simbólicas para comprender su situación. Las mujeres, al reconocer y aceptar estos esquemas de dominación como naturales, contribuyen a su propia opresión:

Las mismas mujeres aplican a cualquier realidad y, en especial, a las relaciones de poder en las que están atrapadas, unos esquemas mentales que son el producto de la asimilación de estas relaciones de poder y que se explican en las oposiciones fundadoras del orden simbólico (Bourdieu, 2000: 49).

La protagonista de Bouraoui acepta su papel de esposa en un matrimonio sin amor, de manera similar a su madre, quien «a continué à marcher, à nous élever. Elle est restée avec mon père car à l'époque on ne divorçait pas» (*Otages*: 106), lo cual demuestra una adhesión inconsciente a las normas sociales que impiden cuestionar la estructura de dominación. Asimismo, cuando afirma: «J'aime bien dire mon homme, c'est supérieur à mon mari» (*Otages*: 40) refleja cómo ha internalizado la idea de que su identidad y valor como mujer están intrínsecamente ligados a la presencia del hombre. Esta internalización es un ejemplo claro de lo que Bourdieu (2000: 49) llama «la forma asimilada de la relación de dominación». El lenguaje que utiliza la protagonista para referirse a su esposo subraya la aceptación de su posición subordinada dentro de la estructura de poder de género. Esta adhesión naturalizada hace que la dominación masculina aparezca no solo como aceptable, sino como un fundamento natural de su existencia. En palabras de Bourdieu (2000: 50): «los dominados aplican a las relaciones de dominación unas categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores, haciéndolas aparecer de ese modo como naturales». Los dominados experimentan su subordinación a través de emociones corporales o sentimientos como la vergüenza, la humillación, o el respeto, que son formas de «someterse, aunque sea a pesar de uno mismo» (Bourdieu, 2000: 55). Este proceso puede observarse en las emociones y reacciones de la protagonista de Bouraoui, quien, a pesar de la aparente indiferencia hacia el final de su matrimonio, sigue estando atrapada en una estructura emocionalmente dolorosa. La aceptación indiferente de la partida de su marido y su intento de llenar físicamente el vacío que él deja en la cama revelan un conflicto interior profundo. Esta reacción puede entenderse en términos de la «complicidad subterránea» (Bourdieu, 2000: 55) que describe Bourdieu, donde las emociones y reacciones del cuerpo, más allá de la conciencia y la voluntad, revelan una contradicción: Sylvie Meyer no muestra resistencia consciente, pero su cuerpo sigue reaccionando a la ausencia. En este sentido, el cuerpo actúa como un espacio de lucha entre lo impuesto socialmente –la aceptación y resignación ante la pérdida– y las emociones no procesadas que revelan la dimensión profunda de la opresión. Nina Bouraoui, investiga esta dinámica a través de una figura femenina que no se permite caer ni desmoronarse, sino que resiste en silencio, canalizando su sufrimiento de una manera que parece casi automática:

Je ne suis jamais tombée, jamais, même quand mon mari est parti, il y a un an. J'ai résisté. Je suis forte, les femmes sont fortes, davantage que les hommes, elles intègrent la souffrance. C'est normal pour nous de souffrir. C'est dans notre histoire, notre histoire des femmes. Et ça restera longtemps ainsi. Je ne dis pas

que c'est bien, mais je ne dis pas que c'est mal non plus. C'est aussi un avantage : pas le temps de se répandre. Et quand on n'a pas le temps, on passe à autre chose. Vite fait bien fait : on n'ennuie personne (*Otages*:14-15).

Esta resistencia, que en el discurso de la novela se presenta como una forma de fortaleza es también la manifestación de una carga histórica de sufrimiento. La normalización de la aceptación del dolor ha sido impuesta culturalmente, convirtiéndose en parte de la historia de las mujeres, según la propia protagonista. Esta idea de que el sufrimiento es algo normal para las mujeres resuena de nuevo con la violencia simbólica de Bourdieu, es decir, la interiorización de un esquema de dominación que se manifiesta como natural y, por tanto, incuestionable. Bouraoui sugiere que esta capacidad de soportar el dolor, que a primera vista podría verse como una forma de empoderamiento, es en realidad el resultado de una imposición social que ha perpetuado el sufrimiento femenino como parte de un sistema estructural. La protagonista admite que esta resistencia tiene ventajas, ya que la falta de tiempo para extenderse permite continuar con la vida sin causar molestias a los demás. Sin embargo, el tono ambiguo en el que se expresa revela la ambivalencia hacia esta supuesta fortaleza. Lo que en la superficie puede parecer una virtud (no desmoronarse, no quejarse) es, en el fondo, una trampa: una forma de perpetuar la opresión y la resignación bajo el disfraz de fortaleza. Así, el sufrimiento no es solo soportado, sino que se convierte en un modo de vida, un mecanismo adaptativo que las mujeres han integrado por necesidad, pero que las atrapa en un ciclo de resignación y silencio.

La autora da un paso más en su ilustración de las dinámicas sociales al tratar igualmente la forma en que los hombres, a pesar de su aparente posición de poder, también viven en cautiverio bajo las reglas de la masculinidad, una fortaleza que en última instancia los oprime a ellos mismos. La protagonista observa el desconocimiento existente entre géneros:

C'est étrange la masculinité. On n'y connaît rien, nous les femmes. Dans les magazines féminins que je lis chez le coiffeur, elles pensent avoir toutes les réponses aux hommes, mais c'est tellement faux. Les hommes sont plus mystérieux que les femmes, et l'on ne saura jamais rien de leur fonctionnement, de leur construction, de leur refus aussi. J'ai dit qu'ils avaient la force, et c'est vrai, je le pense vraiment, mais je sais qu'ils n'ont pas trop le choix non plus, c'est dans leur histoire, comme pour nous la souffrance. Et tout cela est un vaste mensonge, mauvaise distribution des cartes et chacun de son côté, les hommes et les femmes s'affrontent, s'aiment, se détestent et s'affrontent encore (*Otages*: 93).

Bouraoui sugiere que, aunque las mujeres creen que comprenden a los hombres, en realidad estos permanecen en un espacio enigmático, inaccesible para ellas. De

nuevo, la autora refleja las teorías de Bourdieu, quien sostiene que tanto hombres como mujeres están atrapados en esquemas de dominación en los que cada género es prisionero de sus propias construcciones sociales. Los hombres también son víctimas de la representación dominante que impone sobre ellos un código de virilidad inmutable, una *virtus* que gobierna su comportamiento: «la condición masculina en el sentido de *vir* supone un deber-ser, una *virtus*, que se impone a *eso es natural*» (Bourdieu, 2000: 38). La fuerza que la protagonista atribuye a los hombres está, en realidad, enraizada en este deber impuesto que los obliga a ser fuertes y a ocultar cualquier fragilidad. Este imperativo masculino es una construcción relacional que se define contra la feminidad y, en muchos casos, implica un miedo profundo a lo femenino, tanto en los otros como en uno mismo: «la virilidad es un concepto eminentemente relacional, construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad» (Bourdieu, 2000: 71). De este modo, Bouraoui destaca que, al igual que las mujeres están destinadas a sufrir debido a su historia, los hombres también están atrapados en una narrativa histórica que los condiciona a ejercer un rol de poder y resistencia, y esta imposición social los victimiza en silencio. La fuerza masculina que se celebra es, de hecho, parte de un «vaste mensonge» (*Otages*: 93) que establece una «mauvaise distribution des cartes» (*Otages*: 93) en la interacción entre los géneros. Este reparto desigual no solo genera conflicto entre hombres y mujeres, sino que también conduce a una especie de perpetua confrontación, en la que ambos géneros se enfrentan a roles rígidos y limitantes. Los hombres, atrapados en su deber-ser viril, no tienen muchas opciones, y las mujeres, educadas para aceptar el sufrimiento, tampoco encuentran vías para escapar de este ciclo. Bouraoui, con su aguda observación de la dinámica entre los géneros, y Bourdieu, con su análisis de la violencia simbólica, coinciden en que tanto la masculinidad como la feminidad son prisioneras de narrativas históricas que siguen ejerciendo una enorme presión sobre los individuos, impidiendo que ambos géneros puedan liberarse completamente de las expectativas impuestas.

En este sentido, uno de los primeros elementos clave de *Otages* es, como hemos visto, la herencia intergeneracional de comportamientos y expectativas que se transmiten de madres a hijas. Se trata de una cadena de resignación y sufrimiento que parece inevitable. La protagonista repite el modelo de matrimonio de sus padres, atrapada en una relación vacía donde la rutina y la indiferencia han reemplazado cualquier vestigio de afecto. Este legado es el reflejo de una narrativa histórica en la que las mujeres, socializadas para soportar el sufrimiento, se ven atrapadas en un ciclo de opresión que les parece natural. La aceptación del abandono del marido con indiferencia revela la complicidad subterránea que Bourdieu describe, donde las mujeres interiorizan la dominación a través de una aparente fortaleza, mientras que los hombres, sometidos a las expectativas de la virilidad, también se ven atrapados en su propio ciclo de violencia. Así, Bouraoui ilumina cómo las relaciones de género son un juego de poder y resistencia que perpetúa las desigualdades y los conflictos entre ambos sexos.

### 3. La violación: la violencia reprimida

Mientras la historia de Sylvie Meyer va avanzando, el lector descubre que esa violencia íntima y silenciosa que guarda dentro, no solo se alimentaba del factor social transmitido entre generaciones, sino que escondía un trauma todavía más profundo: una violación sufrida en su juventud. Poco a poco los recuerdos del pasado empiezan a mezclarse con la angustiada situación presente, dejando aflorar la figura de Gilles, un hombre mayor, que la embauca con la idea de un futuro mejor, más atractivo, alejado de su tediosa vida.

Como indican autores como Arisó y Mérida (2010), la violencia de género es una violencia sustentada en relaciones asimétricas de poder, donde la dominación masculina se perpetúa a través de la subordinación femenina. En el caso de Sylvie Meyer, vemos cómo esta estructura se plasma cuando es víctima de la manipulación psicológica y física de Gilles: «Je me disais que son amulette me protégeait et qu'un jour moi aussi je verrais l'Afrique, que je franchirais la frontière, que je m'évaderais de ce patelin où je ne pouvais pas espérer grand-chose sinon une vie comme celle de mes parents» (*Otages*: 120). La joven fantasea con un futuro mejor, alejado de la opresión que su entorno le impone. Sin embargo, las estructuras de poder parecen cerrarle todas las puertas a un destino distinto, reflejando esa jerarquización que Arisó y Mérida (2010) describen, donde los roles sociales y la violencia cimentan la percepción de las mujeres como inferiores. Gilles se aprovecha de esta posición vulnerable, reforzando la idea de que las mujeres solo existen dentro de su relación subordinada al poder masculino.

La agresión se vuelve explícita en el acto de violación, una de las expresiones más crudas de la «violencia de género asimétrica» (Arisó y Mérida, 2010: 11). Gilles encarna la figura de un agresor que inicialmente simula una relación de cuidado y cariño, para después revelar el odio y la violencia subyacente que define su interacción con ella:

J'ai essayé de croire que c'était bon, j'ai essayé de chasser ma nausée, je me suis alors levée, j'ai pris la bière qu'il me tendait, et j'ai bu une plus grande quantité, elle était bien frappée, je me suis sentie un peu mieux jusqu'à ce qu'il retire la clé de la porte fermée à double tour et la mette dans la poche avant de son pantalon (*Otages*: 129).

La protagonista trata de racionalizar lo que está ocurriendo, intentando aceptar lo que Gilles le ofrece – no solo la cerveza, sino una ilusión de bienestar –. La sensación de náusea que experimenta es una respuesta física a la violencia emocional que está sufriendo, a pesar de su esfuerzo por normalizar la situación. El gesto de Gilles al cerrar la puerta y guardar la llave en su bolsillo simboliza el control total que tiene sobre Sylvie, tanto física como psicológicamente. La puerta cerrada con doble vuelta no solo indica una trampa física, sino también una metáfora del encierro emocional y la coerción que ejerce sobre ella. Este acto refleja las dinámicas de poder descritas por Arisó y

Mérida (2010), en las que el agresor utiliza la manipulación para ejercer control absoluto sobre la víctima, haciéndola sentir que no hay escapatoria. En este sentido, Gilles se vale de una retórica de exclusividad y superioridad moral para seducirla psicológicamente: «C'était lui mon véritable ami, lui seul, il ne voulait que mon bien, vraiment, à l'inverse de tous ces connards qui ne pensaient qu'à me sauter. [...] J'étais sa puce, son bijou. Il allait bien s'occuper de moi car je le méritais, il l'avait senti, dès nos premiers regards» (*Otages*: 130). Este tipo de lenguaje es típico en la dinámica abusiva, donde el agresor primero construye una relación aparentemente íntima y protectora, aislando a la víctima de los demás. Las referencias a Sylvie como «puce» y «bijou» son formas de cosificación, donde su identidad se reduce a un objeto de valor bajo su control. Esta cosificación es fundamental para despojarla de su agencia y dignidad, un paso esencial en el ejercicio de la violencia de género. A medida que el abuso progresa, el afecto inicial que simula se transforma en una agresión verbal y psicológica: «Il a recommencé à s'énerver, à crier un peu, toutes les femmes étaient compliquées, il avait tant morflé à cause d'elles, il n'en voulait plus, seule l'amitié comptait, bande de salopes, il les détestait» (*Otages*: 131). El discurso de Gilles cambia abruptamente cuando comienza a expresar su frustración y odio hacia las mujeres. El término «salopes» marca el comienzo de una escalada en la violencia verbal, revelando su desprecio y resentimiento. Este cambio en su comportamiento expone una de las estrategias de dominación más comunes en las relaciones abusivas, donde el agresor utiliza la intimidación y el menosprecio para ejercer poder sobre la víctima. La misoginia manifiesta de Gilles conecta con las teorías de género que describen la violencia como una forma de castigar a las mujeres por no ajustarse a las expectativas patriarcales. El odio acumulado hacia todas las mujeres encuentra su descarga en Sylvie, quien se convierte en el receptáculo de ese odio: «Tu vois, t'es comme les autres, c'est ça que tu veux, hein ? Tu la veux Elle en toi, pour devenir une vraie femelle qui se pavanera devant les autres femelles car elle l'aura fait et que vous serez à égalité» (*Otages*: 132). Gilles proyecta sobre Sylvie sus propias inseguridades y prejuicios misóginos. La agresión sexual que sigue no es solo un acto de violencia física, sino también un intento de deshumanización y humillación. Con sus insultos refuerza la idea de que ella es «como las otras», en su intento de destruir cualquier sentido de individualidad o dignidad que pudiera tener. La violencia culmina en un gesto brutal y despersonalizado: «J'ai senti ses doigts à l'intérieur de moi, deux, puis trois. Ils tournaient sur eux-mêmes comme s'il cherchait quelque chose. Cela n'a pas duré longtemps. Il les a retirés d'un coup sec en disant *Voilà*» (*Otages*: 133). Este acto brutal refuerza la relación de poder y la deshumanización completa de Sylvie. La violencia sexual es aquí no solo un acto de agresión física, sino un mecanismo para perpetuar su subordinación, lo cual coincide con la observación de Arisó y Mérida (2010) sobre cómo la violencia de género funciona para legitimar la inferioridad de las mujeres y su sometimiento. El *Voilà* final de Gilles es una muestra de la indiferencia con la que trata el cuerpo de Sylvie, como si su abuso fuera un acto mecánico, sin

consecuencias emocionales ni morales. El uso de los dedos como instrumentos de búsqueda simboliza el control total de su cuerpo, como si estuviera inspeccionando un objeto inanimado. Este momento finaliza con la reafirmación de su poder sobre ella, al dejarla en una posición de impotencia absoluta.

El análisis de Baca sobre las reacciones psicológicas post-traumáticas ofrece una ventana crucial para entender la respuesta de Sylvie ante su violación:

Las primeras reacciones de las víctimas inmediatamente después de la ocurrencia del hecho traumático son de sorpresa, desconcierto, desolación y sentimientos muy profundos de indefensión y abandono. Estos fenómenos se dan en proporciones e intensidad variables, pero parecen estar presentes en todos los casos. En ocasiones se produce una especie de negación masiva de lo ocurrido, con sensaciones de incredulidad y rechazo (Baca, 2003: 257).

En la narrativa de *Otages*, Sylvie oscila entre sentimientos de culpa, rabia e impotencia: «Je me sentais coupable. J'ai retiré ma robe déchirée...» (*Otages*: 134). Su impulso de bañarse compulsivamente refleja esa sensación de contaminación física y moral que las víctimas a menudo experimentan. De acuerdo con Baca, estas reacciones pueden llevar a lo que él llama una reacción asténica, caracterizada por la pasividad y el auto-reproche, que «acentúa los sentimientos iniciales de abandono, indefensión, desconcierto y desolación e instala a la víctima en actitudes de pasividad que le llevan a no buscar ayuda» (2003: 258). Sylvie intenta olvidar racionalizando su postura y evitando enfrentar el trauma: «Les années ont passé, j'ai fait semblant d'oublier» (*Otages*: 135). La dificultad que experimentan las víctimas para hablar sobre el trauma vivido es una característica fundamental, pues como indica Martínez-Alfaro (2012: 125), se trata de «una especie de agujero negro que engulle la paz y la estabilidad mental y emocional de la víctima, así como su capacidad para expresar lo que ha pasado». Sin embargo, esta negación de lo sucedido no logra liberarla del trauma, y el control psicológico de Gilles sigue presente en su vida adulta. La violencia que Sylvie sufre deja secuelas profundas en su mundo emocional, ilustrando las teorías de Sigmund Freud (1988) sobre el trauma. Freud sostiene que, cuando una experiencia traumática no puede ser procesada, el individuo queda inmóvil y atrapado en ese evento, incapaz de integrarlo simbólicamente en su vida emocional: «el recuerdo de esta impresión adquiere la importancia de un trauma y deviene la causa de síntomas permanentes» (Freud, 1988: 21). Sylvie confiesa: «Je pensais que l'on voudrait toujours me faire du mal...» (*Otages*: 141). Este miedo persistente es el resultado de la imposibilidad de simbolizar el trauma, algo que Freud describe como la incapacidad del sujeto de liberar el excedente afectivo de la experiencia traumática. Sylvie, al no poder narrar su trauma, lo lleva consigo, interiorizándolo y permitiendo que domine su percepción de sí misma y de los demás:

Moi je suis si marquée, même le vent dans les peupliers pourrait laisser des traces sur ma peau. Je n'ai plus de paroi qui protège

et je ne désire plus me protéger. C'est peut-être ça la vie, la vraie vie, c'est embrasser les êtres, les éléments, ne faire qu'un avec ce qui entoure, se faire traverser, pénétrer, tout prendre, tout garder, ne rien refuser, se laisser faire pour une fois. À cause de Gilles je n'ai jamais eu confiance en personne. Je pensais que l'on voudrait toujours me faire du mal ou que l'on y parviendrait [...] (*Otages*: 141).

Aquí, la narradora expresa la magnitud del trauma que ha sufrido, describiendo cómo cada experiencia, por mínima que sea, parece dejar una marca imborrable en su piel. El trauma la ha dejado en un estado de vulnerabilidad extrema, desprovista una barrera de protección. El trauma se convierte en una experiencia de vida tan totalizadora que borra las fronteras entre el yo y el entorno: se ha vuelto permeable a todo lo que la rodea, incapaz de resistir o defenderse. Este pasaje evoca lo que los estudios sobre el trauma suelen identificar como una incapacidad para simbolizar lo ocurrido. La narradora habla de dejarse penetrar y hacerse atravesar por los elementos, una metáfora de la pérdida de control sobre su cuerpo y su mente, lo cual remite al concepto de pasividad que a menudo acompaña las experiencias traumáticas. El trauma la ha anulado a tal punto que ha perdido la capacidad de establecer límites entre su identidad y el mundo exterior. Luego, la narradora reflexiona sobre su relación con el agresor, Gilles, y se culpa por no haber podido expulsar su recuerdo: «J'ai gardé Gilles au fond de moi sans réussir à l'expulser. [...] D'avoir abrité un intrus. J'ai grandi, vieilli avec lui. Le corps fantôme» (*Otages*: 141). Aquí emerge claramente la noción de internalización del agresor. Gilles se convierte en una especie de intruso que ha habitado el cuerpo de la narradora durante años, un cuerpo fantasma que ha dejado cicatrices invisibles pero persistentes. La culpa que siente por no haber expulsado a Gilles de su interior es común en las víctimas de abuso, quienes suelen asumir responsabilidades que no les corresponden. En lugar de identificar al agresor como culpable, la narradora se siente cómplice de su propio sufrimiento, por haber permitido que Gilles se mantuviera en su vida mental y emocional. Por otro lado, se rebela contra el determinismo biológico: «Dans ce cas précis je déteste la nature. Je déteste ce qu'elle impose. On dit l'ordre de la nature, moi je la crois bien désordonnée la nature. [...] Il nous manque un truc les femmes. Il aurait fallu une défense. Un truc dans le corps égal à leur sexe, à cette puissance-là» (*Otages* 2020: 105). Observa en los hombres una ventaja física y simbólica, debido a la potencia asociada al órgano sexual masculino. La idea de que a las mujeres les falta algo se enmarca en una visión pesimista de la biología, donde el poder y la confianza de los hombres se derivan de su constitución física, mientras que las mujeres se ven condenadas a la pasividad y la indefensión.

La referencia a la falta de una defensa corporal en las mujeres subraya esta sensación de vulnerabilidad, una idea que resuena con las teorías feministas sobre la desigualdad estructural y el patriarcado, donde los hombres han monopolizado el poder

físico y social. Este pasaje también toca la temática de la violencia de género, pues la narradora conecta esta vulnerabilidad biológica con el hecho de que las mujeres, como las abejas que menciona, son criaturas frágiles que no se defienden ni denuncian la violencia que sufren. Sin embargo, tras esa primera etapa de reacción asténica, será precedida por la denominada reacción esténica (Baca, 2003: 259), caracterizada por el odio y la externalización de la culpa. Tras la violación, Sylvie comienza a desarrollar una hostilidad hacia los hombres, específicamente hacia aquellos que perpetúan la violencia: «Je crois que je hais les hommes. Et plus encore, je hais les hommes qui font du mal aux femmes» (*Otages*: 105). La ira de Sylvie se externaliza, alineándose con lo que Baca describe como la respuesta de «externalización masiva de la culpa» (2003: 259). El trauma de la violación que había mantenido encerrado, sin posibilidad de elaboración, aflorará, como veremos en el siguiente apartado, a raíz de la situación de su empresa que actuará como detonante. Sylvie buscará castigar a Andrieu, proyectando en él toda la violencia y dolor que ha soportado en manos de Gilles y, simbólicamente, en manos de una estructura patriarcal más amplia. Esta reacción representará el poder transformador del trauma en una violencia que ella misma ejerce.

#### 4. El jefe: la violencia institucionalizada

La relación de Sylvie con su jefe representa un microcosmos de la violencia estructural inherente a la sociedad. El jefe, Victor Andrieu, se presenta como una figura de autoridad que, aunque parece comprensivo y empático, en realidad encarna la crueldad y la explotación. Su carácter de “buen patrón” es una fachada que oculta su papel como maltratador, quien, en lugar de generar un ambiente de trabajo saludable, perpetúa la opresión y el miedo entre sus empleados. Las observaciones de Martínez Pacheco (2016: 15) sobre la violencia como una manifestación de relaciones sociales resuenan aquí: «la violencia no es una sustancia o un hecho aislado, totalmente terminado y asible en sí mismo, sino que se trata de relaciones sociales o, mejor dicho, del tinte que asumen ciertas relaciones sociales». Sylvie, atrapada en un trabajo que debería proporcionarle libertad y seguridad económica, en realidad experimenta una forma de violencia que es tanto psicológica como física. Su trabajo, lejos de ser un medio de emancipación, se convierte en una forma de sumisión, donde ella es constantemente maltratada y humillada, lo que contribuye a su trauma.

El abandono de su marido actúa como un catalizador en su vida, despertando una rabia y un deseo de liberación que estaban latentes. Al liberarse de su matrimonio, se da cuenta de que también debe liberarse del yugo de su jefe. Hasta ese momento, concebía el trabajo como una herramienta; se amparaba en la seguridad de la repetición que le ofrecía una sensación de armonía y obviaba la presión y la crueldad que ejercía su jefe sobre ella. En el trabajo, como en el matrimonio, vivía anestesiada, como un autómatas que, sin embargo, era consciente en su interior de la realidad. Su reflexión sobre la paradoja del trabajo —«C'est fou ça, quand j'y pense : passer plus de temps avec

son patron qu'avec son homme» (*Otages*: 58)— pone de manifiesto cómo su vida se ha vuelto un ciclo de opresión en ambos frentes, donde su identidad se reduce a un papel de servidumbre. La partida de su marido actúa como un detonante, pues se siente liberada y comienza a cuestionar su vida y su papel en el mundo, vislumbrando una nueva forma de existencia:

Mon mari est parti un beau matin, Victor Andrieu m'a mis de plus en plus la pression et un soir, tout naturellement, j'ai décidé d'exister d'une autre façon. D'exister en tant que femme plus libre que d'habitude. Cela peut paraître fou, mais ôter la liberté à quelqu'un a affirmé ma propre liberté (*Otages*: 29).

Esta búsqueda de libertad revela la complejidad de la identidad femenina en un contexto donde las relaciones, ya sean matrimoniales o laborales, pueden ser opresivas. Sylvie representa una figura moderna que trasciende el arquetipo del ama de casa. Su lucha resuena no solo con las mujeres, sino también con muchos hombres y trabajadores que enfrentan el mismo dilema en un sistema capitalista. La idea de que el trabajo, en lugar de ser un vehículo de realización personal, se convierte en un amante caprichoso ilustra cómo las exigencias laborales pueden destruir las vidas familiares y personales. Esta crítica al sistema enfatiza la noción de que, a pesar de la promesa de libertad e independencia, muchos trabajadores son, en realidad, prisioneros de un modelo que prioriza la producción sobre el bienestar.

El acto de secuestrar a Andrieu es, en este contexto, un despertar violento. La violencia que finalmente surge de Sylvie no es un acto aislado, sino el resultado de una acumulación de traumas y humillaciones que ha experimentado a lo largo de su vida: «Durant un petit laps de temps, le temps de la séquestration, je l'avais choisie ma vie: c'était enfin moi le violeur» (*Otages*: 105). Este fragmento revela un aspecto profundamente complejo de la psicología de la violencia: la sensación de poder que puede derivarse de revertir los roles de víctima y agresor. Durante su secuestro, la narradora afirma haber tomado el control de su vida al convertirse, simbólicamente, en la violadora. Esta inversión de roles plantea preguntas inquietantes sobre la venganza y el deseo de ejercer control que surge en las personas que han sido sometidas a abuso. Este giro subraya la idea de que el abuso ha distorsionado su percepción de lo que significa el poder y la justicia. La narradora reconoce que, aunque el acto de tomar el control de la situación fue breve, le permitió sentir, por primera vez, que tenía agencia en su vida. Esta inversión de roles puede interpretarse como un intento desesperado de recuperar el poder que le ha sido arrebatado por la violencia de género, pero también refleja el daño psicológico profundo que ha sufrido, al asociar la violencia con la única forma de empoderamiento disponible:

j'ai voulu lui montrer que l'on ne pouvait pas toujours écraser les plus démunis, je pense à mes petites abeilles quand je dis ça, qu'un patron ne peut pas tout se permettre, non, ce n'est pas vrai, le pouvoir n'est pas au-dessus des lois, et encore plus, pas

au-dessus de la morale, car c'est ça qui m'a choquée dans cette histoire de vivier, c'est la morale : l'histoire d'un type derrière son bureau qui est au-dessus des hommes et des femmes, qui se permet de les piétiner, de jouer avec leurs nerfs, de les humilier même, oui, car c'est toujours de l'humiliation de douter du travail des autres et pire c'est une mise en péril en fait, le doute c'est un petit coup de canif à chaque fois, et au bout de cent petits coups de canif, c'est simple, on crève.

On ne crève pas en vrai, on tient toujours debout, on se réveille, on se lave, on se nourrit, on conduit les enfants à l'école, on pointe, on se met au travail, mais à l'intérieur de soi c'est mort (*Otages*: 64).

No solo desea desafiar la autoridad de su jefe, sino también buscar justicia, validación y respeto. La protagonista reivindica un orden moral en un entorno donde la crueldad parece dominar. El reconocimiento de que la duda y la humillación son formas de violencia psicológica es central en su argumento. La opresión se manifiesta a través de pequeñas agresiones cotidianas que, acumuladas, pueden llevar a una pérdida total de la identidad y de la vitalidad. Este sutil pero constante desgaste psicológico se convierte en una forma insidiosa de control que afecta profundamente el bienestar emocional de los trabajadores.

La narradora señala cómo las mujeres, incluyéndose a sí misma, han sido condicionadas a callar frente a la violencia: «Les femmes ne disent jamais rien sur la violence, ne s'en défendent que très rarement. Et je suis comme elles. Ne rien dire, porter le fardeau, se taire et puis un jour tout casser comme je l'ai fait» (*Otages*: 105). Este pasaje refleja la cultura del silencio que rodea a la violencia de género, en la que las mujeres son socializadas para soportar el abuso en silencio, sin denunciarlo ni resistirlo. Este silencio colectivo es un mecanismo que perpetúa la desigualdad de poder, al tiempo que refuerza la idea de que las mujeres deben soportar el sufrimiento sin quejarse. En este sentido, la violencia que Sylvie ejerce sobre Andrieu es una forma de contraviolencia: su respuesta no es meramente un acto de agresión, sino una reacción a la negación sistemática de su subjetividad y poder. Como señala Martínez Pacheco (2016: 14), «alguien puede ser primero víctima al negársele su subjetividad, pero esta misma negación lo impulsará a actuar posteriormente de forma violenta».

Este ciclo de victimización y respuesta violenta revela cómo las dinámicas de poder en el lugar de trabajo pueden llevar a una explosión de ira acumulada, que se manifiesta en formas de resistencia, aunque sean destructivas. Sylvie, al reflexionar sobre la moral de su situación y la crueldad de su jefe, plantea cuestiones sobre el poder y la responsabilidad. Su deseo de mostrar que «un patron ne peut pas tout se permettre» (*Otages*: 64) subraya un deseo de justicia y equilibrio en un sistema que está desequilibrado en favor de los poderosos. La violencia que ella ejecuta es, por lo tanto, una forma de desafiar el sistema que la ha oprimido, pero también una reafirmación de su propia

existencia y su derecho a ser escuchada. Para ella, en la vida las cosas no suceden de manera aleatoria o desordenada, sino que se desarrollan por estratos. La violencia que de repente ve salir no aparece por un único hecho concreto, sino que cada pequeño trauma que a lo largo de su vida va experimentando permanece depositado en ella y va creando diferentes capas hasta que finalmente aflora:

La violence était là, partout, infiltrée, au cœur de la nuit et au petit matin. Au fond de mes poches et sur ma peau, dans mon regard et dans mes rêves. Là, comme de l'encre. Elle prenait toutes les formes, toutes les textures, épousant l'espace, les manques, tout. Elle portait un nom, je le sais aujourd'hui, un nom qui coupe : elle s'appelait le silence. C'est sa forme la plus dangereuse. On pense toujours que le bruit est une fausse violence. Le bruit c'est la vie, nerveuse, folle, qui bat, existe. Le bruit c'est le cœur et le ventre. Le bruit c'est la colère et le refus. Le silence était partout, en moi et en dehors de moi. Il était dangereux. Je n'y ai pas fait attention (*Otages*: 30).

La descripción de la violencia como algo que está infiltrado en cada rincón muestra cómo esta experiencia se ha vuelto omnipresente en su vida. Se presenta no solo como un hecho puntual, sino como un elemento constante en su existencia diaria. Ha permeado todos los aspectos de su ser, tiñendo su percepción y su realidad. Esta imagen evoca una sensación de inexorabilidad y de que el trauma está profundamente arraigado en su identidad. En este contexto, el silencio se convierte en un tema central, pues la narradora lo identifica como una de las formas más peligrosas de violencia; no es simplemente la ausencia de ruido, sino un estado cargado de significados y efectos. Este silencio puede ser visto como la represión de las experiencias traumáticas y el sufrimiento, lo que a menudo impide el proceso de sanación (Tisseron, 1997). La conexión que establece entre el silencio y la violencia muestra cómo el no hablar de estas experiencias puede perpetuar el daño. De hecho, la contraposición que realiza entre el ruido y el silencio es significativa. El ruido se presenta como la representación de la vida, de la vitalidad, de las emociones que brotan. En cambio, el silencio es asociado con la peligrosidad y la negación de la experiencia. La idea de que «on pense toujours que le bruit est une fausse violence» (*Otages*: 30) resalta un malentendido común: que el ruido o la expresión emocional son sinónimos de violencia. En realidad, el silencio puede ser mucho más dañino porque encierra el dolor y evita la confrontación de la realidad. Al no elaborar lo vivido, la protagonista se encontraba en un estado de estrés post-traumático en el que su cerebro había quedado encerrado en «una estructura cognitiva dominada por preesquemas de peligro o desconfianza que desencadenan respuestas no adaptativas en situaciones que recuerdan a la situación traumática original» (Rodríguez, Fernández y Bayón, 2012: 164). Es decir, que el colapso emocional a causa de la sensación de vulnerabilidad y sumisión que sentía en el trabajo está directamente relacionado con el trauma original de la violación que nunca había tratado. La

acumulación de los abusos laborales se entrelaza con los traumas previos de la protagonista, incluido el abandono y la violación. La toma de control final de Sylvie, a través de la violencia, se convierte en una respuesta a estas opresiones, revelando cómo la violencia internalizada puede estallar como un acto de resistencia desesperada:

La société est malade. On nous fait croire que l'on est tous libres et égaux et que notre modèle est le meilleur des modèles, mais ce n'est que de la poudre aux yeux car finalement, nous les petits, on a aucun droit, sinon celui de se taire. Bien sûr on nous donne un travail, on nous fait confiance quand on est un peu plus malin qu'un autre, mais au final c'est toujours pareil, on se fait écraser par les plus forts, et on se tait car il faut bien bouffer ; alors on accepte, on continue, on suit la ligne toute tracée du berceau à la tombe, toujours dans l'humiliation, la main tendue, car on n'a pas les moyens de claquer la porte (*Otages*: 73).

En las palabras de Sylvie Meyer se observa la profunda crítica social que Bouraoui expresa en esta obra, en donde la violencia laboral y personal se entrelazan en un sistema opresivo. Subyace la ilusión de libertad y equidad en una sociedad en la que las clases trabajadoras son sistemáticamente explotadas por quienes detentan el poder. Como hemos visto, la protagonista se enfrenta a una realidad en la que aceptar la humillación y el abuso parece ser la única opción viable para sobrevivir. Se trata de un ciclo perpetuo de opresión del que parece imposible escapar. La violencia que Sylvie finalmente ejerce sobre su jefe no es simplemente un estallido irracional, sino una manifestación de la desesperación y la acumulación de traumas previos. El abuso laboral, el abandono, y la violación configuran un espacio de sufrimiento constante, donde la violencia, que ha sido internalizada y sofocada, estalla como un acto de resistencia. Su reflexión sobre el tiempo que tienen las mujeres de las telenovelas revela un profundo anhelo de autenticidad y conexión con la vida:

Le temps que possèdent les femmes, pour se maquiller, se coiffer, s'habiller, faire des courses, prendre un verre. C'est un temps élastique, irréel. Elles ne courent jamais après, alors que moi le temps me domine et il a fini par gagner. Pas de temps pour moi, peu pour les autres, à peine pour la vraie vie, celle qui s'arrête enfin et qui vous permet de sentir le vent sur sa peau, d'entendre le chant des oiseaux quand arrive le printemps, le temps de rêver aussi, à un autre avenir, pas meilleur, mais juste différent (*Otages*: 81).

Sylvie reconoce cómo el tiempo, controlado por las exigencias del trabajo y las expectativas sociales, se ha convertido en una forma de opresión. Este anhelo por un tiempo diferente, donde pueda disfrutar de los pequeños placeres y soñar con un futuro alternativo, subraya su lucha por recuperar su identidad y su derecho a existir plenamente. El estallido final de violencia de Sylvie es también una forma de rebelarse contra un sistema que la ha negado y reducido a la sumisión tanto en lo personal como en lo

profesional. Al tomar el control de su jefe, se apropia del control que se le había arrebatado durante toda su vida. Bouraoui explora aquí cómo la opresión y el abuso no solo afectan externamente a los individuos, sino que se infiltran en su psique, erosionando su sentido de identidad y dignidad. Al mismo tiempo, la violencia de Sylvie desafía el orden establecido, exponiendo las contradicciones y la hipocresía de una sociedad que perpetúa estas desigualdades mientras se proclama justa y equitativa.

### **Conclusión**

A través de la escritura, Bouraoui da un vuelco al lugar que ocupaba la toma de palabra en la vida de la protagonista. Por primera vez, tras una existencia de silencio y sumisión, se trata solo de ella, la historia gira únicamente en torno a ese yo eternamente relegado y a todos los no-dichos: sus miedos, sus deseos, sus necesidades y sus experiencias. Bouraoui toma la palabra para dar voz a todas esas víctimas silenciadas que carecen de representación.

La complejidad del trauma se revela en el desarrollo de la protagonista, quien, después de la partida de su marido, se ve forzada a confrontar no solo las presiones que ejerce su jefe, Victor Andrieu, sino también las heridas más profundas de su pasado, incluida la experiencia de la violación. Este evento traumático, junto con la herencia del modelo conyugal de sus padres, donde la violencia y la sumisión eran la norma, contribuye a su sensación de impotencia y a su lucha interna. La relación laboral se convierte en un reflejo de estas dinámicas de poder que la oprimen, mientras que la violencia, tanto estructural como emocional, se convierte en un tema recurrente que permea su vida.

La protagonista experimenta una epifanía al darse cuenta de que la violencia no se manifiesta en un solo evento, sino que se acumula en capas, afectando su sentido de sí misma y su capacidad para amar. Este reconocimiento de la violencia internalizada es crucial para su proceso de sanación, aunque también implica un doloroso enfrentamiento con su pasado. Su deseo de recuperar el control se expresa a través de un acto de resistencia que, aunque breve, le permite experimentar por primera vez el control en su vida.

Bouraoui, al dar voz a sus personajes, revela la paradoja de la búsqueda de libertad en un entorno que la niega. La protagonista, atrapada entre su deseo de independencia y la realidad de un trabajo que la consume, ilustra la lucha de muchas mujeres en un sistema patriarcal y capitalista que perpetúa la opresión. Su viaje se convierte en un acto de reivindicación y resistencia, donde la escritura se transforma en un medio para romper el silencio y desafiar las narrativas impuestas. Al abordar su anhelo de algo más en la vida, como lo refleja su deseo de tiempo para soñar y sentir, Bouraoui subraya la importancia de reconectar con la esencia del ser en un sistema diseñado para enajenar a los trabajadores. A través de la figura de Sylvie, se pone de manifiesto la precariedad y la explotación que enfrentan muchos trabajadores en un sistema que prioriza la

productividad sobre el bienestar humano. La protagonista encarna la lucha de aquellos que, atrapados en un ciclo de trabajo sin fin, deben sacrificar su salud mental y emocional para sobrevivir. La relación opresiva con su jefe no solo resalta la dinámica de poder que permea el entorno laboral, sino que también refleja un patrón más amplio en el que las voces de los trabajadores son silenciadas. La lucha de Sylvie se convierte así en un eco de la resistencia colectiva contra las condiciones laborales deshumanizadoras. En este sentido, su historia no es solo una narración personal, sino una crítica a un sistema que ignora la dignidad y los derechos de los trabajadores, instando a un cambio hacia una mayor equidad y justicia social.

Nina Bouraoui no solo narra la historia de una mujer, sino que también invita a la reflexión sobre la condición de todas aquellas voces que aún esperan ser escuchadas.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARISÓ SINUÉS, Olga & Rafael M. MÉRIDA JIMÉNEZ (2010): *Los géneros de la violencia. Una reflexión queer sobre la «violencia de género»*. Madrid, Egales.
- BACA, Enrique. (2003): «La actitud ante la víctima: reacciones personales, sociales y profesionales», in *Las víctimas de la violencia. Estudios psicopatológicos*. Madrid, Triacastela, 240-260.
- BOURAOUI, Nina (2020): *Otages*. París, JC Lattès.
- BOURDIEU, Pierre (2000): *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.
- FREUD, Sigmund (1988): «Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas», in *Obras Completas, XVI*. Buenos Aires, Amorrortu.
- MARTÍNEZ-ALFARO, María Jesús (2012): «Érase una vez... el dolor de la historia: aproximaciones al Holocausto a través de la re-escritura de cuentos populares». *Dossiers Feministes*, 16, 121-143.
- MARTÍNEZ PACHECO, Agustín (2016): «La violencia. Conceptualización y elementos para su estudio». *Política y Cultura*, 46, 7-31.
- RODRÍGUEZ, Beatriz; Alberto FERNÁNDEZ & Carmen BAYÓN (2012): «Nuevas aportaciones a la psicopatología: proceso emocional y terapia narrativa tras experiencias traumáticas», in Manuel Desviat & Ana Moreno (eds), *Acciones de salud mental en la comunidad*, Madrid, AEN, 162-174.
- TISSERON, Serge (1997): *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Buenos Aires, Amorrortu.